

Casi al mismo tiempo sonó á mi espalda la gruesa voz de Don Mateo.

—¡Se muerel gritó casi llorando!

Se acercó á la enferma y le tomó una mano.

—¡Hijital ¡Hijita mial dijo lleno de angustia.

Pero en seguida recorrió el cuarto con mirada de tigre hambriento, y exclamó al fin:

—¿Y ese médico del canasto, dónde está?

—Se fué hace media hora, contestó la Martínez.

—¡Se fué! ¡Deje Ud. de soplar, me gritó á mi en seguida; y vaya por ese médico! ¡Corra Ud, corra, con mil canastos!

Salí precipitadamente, y todavía cuando el portero, al abrirme la puerta, me decía el número de la casa del Doctor Méndez Páez, oí que Don Mateo gritaba con desesperación.

—¡Se muerel ¡se muerel...

XXIV.

“Sal, alma...”

El Doctor Méndez era un buen sujeto, y además llevaba buena amistad con Don Mateo; sin embargo, no dejó de disgustarse cuando vió al llegar á la casa del General, que la alarma no tenía mayor fundamento, y que la enferma dormía, aunque con sueño soporoso é intranquilo; y por no dejar de prescribir algo, mandó que Don Mateo se encerrase en su cuarto y no volviese á parecer por el de la enfesma.

Obedeció el General; pero desde la sala sentía yo temblar el piso, que se estremecía con los pesados pasos del grueso cacique, el cual iba sin reposo de un rincón

al otro de su alcoba, y lanzaba de vez en cuando un bufido, que podría ser de aflicción; pero poco se diferenciaba de los que le arrancaban la cólera.

Así acabamos de pasar la noche; no sin que la de Martínez consumiera una cajetilla de cigarros, y volviera á decirme que el Doctor homeópata era la octava maravilla. Varias veces fué la enferma acometida del acceso de tos, y entonces la de Martínez, en vez de entrar en la alcoba, se ocupaba en contener á Don Mateo, que trataba de violar la orden del facultativo. Tras del acceso volvía el delirio, siempre con imágenes horribles, sangre, muertes, incendios y estruendo de armas. Alguna vez oí mi nombre, sin entender lo demás, y otras varias el de personas que me eran conocidas desde San Martín. Después caía la enferma en un sueño agitado, durante el cual solía hablar también, siguiendo el tema de sus delirios; pero había entonces alguna relativa calma, que abría mi corazón á la esperanza y aliviaba mi dolorosa angustia.

La de Martínez hablaba con migo al ama-

necer. Hablaba ella sola, mejor dicho; porque yo había tomado el partido de no hacerle caso, y mi espíritu divagaba por otras regiones; pero oí que, levantándose, dijo:

—Esto no es alivio. Lo mismo pasó con Petra; y es cargo de conciencia no decirselo al General.

Entró en el cuarto de D. Mateo, sin volver á cerrar la puerta, y púsose á hablar con el General, empeorando sin duda la situación de éste, y aumentando su aflicción. Satisfecha de encontrar allí quien la escuchara, la de Martínez me dejó entregado á mis negros pensamientos, sólo interrumpidos de vez en cuando, por los quejidos de Remedios, que penetraban en mi corazón como puñales agudos.

Entraba ya la mañana, cuando doña Luisa cruzó la sala y fué al cuarto de don Mateo.

—¡Dinerol exclamó este con singular entonación de angustia. ¡Dinerol ¡Es verdad! Anoche no encontré á López en ninguna parte, ni á Bueso, ni á ninguno de mis amigos.

Después añadió con acento que me desgarró las entrañas:

—¡Y esta criatura se muere, señora; se muere!

Se echó á llorar como un niño, y las dos procuraron calmarle. Pasó un momento en que D. Mateo dijo algo que no oí, porque estaba yo tan abrumado como él, y luego salió doña Luisa, se acercó á mí y me dió un papel.

—¿Pudiera Ud. hacer el favor de llevar eso? me preguntó.

Tomé el papel, leí la dirección y salí. En la calle le desdoblé maquinalmente y ví que decía «Mandéme lo que le parezca por mi sueldo de Octubre.» Tuve un momento de vacilación y de congoja; no con la satisfacción que otras veces, sino antes con verdadero dolor, ví que, en efecto, don Mateo estaba en la miseria; y cediendo á un impulso irresistible, saqué de mi bolsillo el dinero que me quedaba, y llegándome á un *respiradero* de la atarjea, eché por él las monedas, como si creyera que el dárselas á un mendigo era infame. Después, sentíme des-

cargado de gran peso, y precipitadamente me dirigí por las calles de Santo Domingo.

Aunque la codicia madruga, López, que de seguro no tenía arreglo pendiente para aquella mañana, dormía aún. El criado me hizo entrar á la sala, cuyo lujoso mueblaje contrastaba singularmente con la inmundicia del barrio y el feo aspecto de la vetusta casa. Allí tuve que esperar, luchando con mi impaciencia, hasta que el prestamista se levantó. Salió envuelto en holgada bata, y con un gorro bordado hundido hasta las cejas; el semblante halagüeño y la palabra dulce.

Leyó el papel, refunfuñó un poco, para dar al negocio el color de grande y señalado servicio, y después me dejó solo en la sala. Larga espera otra vez; oí por allá adentro ruido de platos y cubiertos, y al cabo López volvió á la sala limpiándose los bigotes ¡Había ido á tomar el desayuno ántes de despa-charme!

Al fin puso en mis manos la mitad del sueldo, y me hizo firmar al calce del recado del General el recibo del sueldo íntegro.

—Es provisional, me dijo, mientras el Sr. Cabezudo me manda recibo en forma.

Eran ya más de las ocho de la mañana, cuando volví á la casa de D. Mateo. El General seguía encerrado, y la de Martínez tomaba en el comedor el tercer chocolate. Entregué á doña Luisa el dinero y la de Martínez me detuvo.

—¿Consiguió? me dijo.

—Sí, contesté de mala gana.

—Oiga Ud.; yo no quería creer que este hombre estuviera en la calle; pero no cabe duda ¡El sueldo de Octubre!

Me aparte de allí y busqué á Felicia. La joven estaba pálida y con grandes y oscuras ojeras.

—Hace una hora que duerme, me dijo; pero esto me aflige más. Quise despertarla hace un momento, porque el médico mandó que no se le dejen de dar las cucharadas, y no hemos podido conseguir que abra los ojos. ¿Qué harémos, Juan? No quiero decirselo á don Mateo; porque se vuelve loco.

Doña Luisa salió á la sala y calmó á Felicia. Aquello no era nada; dejarla dormir

otro rato, y después se la despertaría. El médico debía llegar á las diez y dispondría lo conveniente.

Don Pedro Ramírez se presentó á poco rato, preguntando por el estado de la enferma, y á eso de las nueve, cuchicheaban en la sala, además de él y de la de Martínez, Laurita Bueso, hermana del conocido personaje, la Sra. Solano, presidenta de una hermandad religiosa, la mujer de Escorroza, y algunas otras en que no reparé.

Desde el extremo opuesto de la sala, cerca de la alcoba, observaba yo de vez en cuando los gestos y ademanes de aquellas gentes, temeroso de oír sus palabras, y queriendo, sin embargo, adivinar en los semblantes, lo que de la enferma decían. Una de las señoras se levantaba, iba á la alcoba, y salía á poco, volviendo á su sitio. Los demás callaban y la miraban en espera de noticias. Movía ella la cabeza, y bajando mucho la voz, hablaba un momento; y los oyentes, después de guardar silencio un instante, volvían al cuchicheo, con más ardor; pero serios, con gesto desconfiado y grave,

Esto se repetía cada cuarto de hora; pero la Escorroza entró y no regresó á la sala, é impaciente Laurita, fué también á la alcoba. Pasó un rato y tampoco ella volvió. ¿Qué sucedía? Allá fué á poco la de Martínez, y tras ella, una por una, todas las señoras.

Mi ansiedad era atroz; el mismo Ramírez, con el semblante demudado se acercó á la puerta; pero á él y á mí nos detuvo doña Luisa, que salió con turbación que no podía ya disimular.

—¡Corre por el médico! dijo á su hermano.

Y mientras Don Pedro tomaba apresuradamente su sombrero, entré yo en el cuarto, me abrí paso entre las señoras y llegué hasta el lecho. De rodillas en él, Felicia, sentada sobre sus pies, sostenía en sus muslos la cabeza de Remedios, é inclinándose sobre ella, le hablaba, llamándola con voz á la vez desesperada y cariñosa. La frente de la enferma cubierta de sudor, reflejaba la luz pálida que ardía sobre la mesa, chisporroteando como cirio.

—¡Remedios! dije, tomando una mano de la joven.

—¡Remedios! repetí, en voz más fuerte.

Y en medio del silencio que todos guardaron, oí una voz cascada y seca que decía á los pies la cama:

--«Sal, alma cristiana de este mundo, en el nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; en el nombre de Jesucristo hijo de Dios vivo que por tí padeció».....

—¡Remedios! volví á gritar con desesperado acento.

—Fricciones, señora; dijo á mi espalda la de Martínez.

Y aceptando el consejo, Pepa y Doña Luisa, metieron las manos por debajo de las ropas de la enferma, para frotarle los pies.

—Una cosa de lana, dijo una voz.

—Un cepillo dijo otra. Y durante breve rato, todos se movieron buscando por los rincones los objetos deseados.

La voz cascada volvió á llegar á mis oídos con monotonía de iglesia.

—«Yo te encomiendo al omnipotente Dios y te pongo en manos de Aquel de quien eres

criatura, para que cuando pagues la deuda de la humanidad con la muerte venidera, vuelvas á tu Autor que te formó del polvo de la tierra.»

Sonaron cerca de mí algunos sollozos, semejantes al frote de los cepillos, que no descansaban un instante; y entre tanto, la voz cascada continuaba la tremenda oración de la agonía, cuyas palabras sonaban ya para mí como un murmullo monótono continuo y espantoso.

De súbito, la voz robusta de D. Mateo sonó á mi espalda con acento de infinita y dolorosa angustia.

—¡Se muere! gritó.

Y cayendo de rodillas á mi lado, llamó repetidas veces á la joven, ahogándose con sus lágrimas.

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo...» dijo la voz, con solemne acento.

El tosco General lanzó un quejido desgarrador, y como niño que busca refugio, volvióse á mí con el llanto en los ojos. Yo abrí los brazos por un movimiento instintivo irresistible, y ambos nos abrazamos con

fuerza, como si quisiéramos ahogarnos.

El médico entró en aquel instante, apartando bruscamente á las personas que encontraba al paso. Todos se pusieron en pié, ménos Don Mateo y la presidenta de la hermandad, que volvió á decir.

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo....»

El médico, que observaba á la enferma, se volvió, buscando alguna persona; detuvo en mí la vista, pues me hallaba en pié á su lado, queriendo adivinar sus pensamientos, y me dijo:

—No se está muriendo. Hága Ud. el favor de sacar de aquí á todo el mundo.

Mientras la de Martínez arrancaba á Don Mateo de su sitio, y yo procuraba inútilmente cumplir la orden con respecto á las demás personas, el doctor puso una receta rápidamente.

Doña Luisa y Pepa, por mandato del facultativo siguieron en su tarea.

—Que lleven una botella.

—¡Una botella!

—Que corra el mozo.

—Yo iré, dijo Don Pedro.

Desde la sala, oí la voz de la presidenta:

—«Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Susana del falso testimonio.»

Volví á la alcoba, determinado á ejecutar por fuerza la orden del médico, si de grado no la obedecían las señoras; pero Méndez Páez, que escribía sobre la rodilla otra receta, me hizo seña de que me acercase.

El semblante del Doctor siempre despejado y simpático, demostraba desconfianza y cierta aflicción, propia del médico que asiste á un enfermo grave á quien tiene cariño. Creo que leyó en mis ojos una pregunta.

—Grave, muy grave, me dijo. Vea Ud. si hay alguna persona útil, por ahí, que traiga una taza de café fuerte con una cucharada de cognac.

Todas las señoras se pusieron en movimiento al oír tan expresivas palabras, y tres de ellas corrieron á la cocina para estorbarse unas á otras. Las restantes, no hallando que hacer, se agruparon detrás de la presi-

denta, que seguía rezando, segura de que su obstinación era una gran virtud.

Cuando Méndez Páez volvió á decirme «Muy grave,» sentí el deseo vivísimo de sacar á aquellas gentes á empujones, y me dirigí hácia ellas. La mesita me cortó el paso, y entonces ví que la vela que daba aquella luz amarillenta y enfermiza era de cera. Rápido temblor y sensación de frío recorrieron mi cuerpo, y con enojo ó terror soplé la llama vacilante con toda la fuerza de mis pulmones. La voz de la presidenta dijo en aquel momento, con afectado tono de llorosa súplica:

—«Te rogamos, Señor, que no te acuerdes de los delitos de su juventud...»

Pero no pudo continuar, porque yo le arranqué el libro de las manos, lleno de cólera.

—¡Cállese Ud., le dije, que ni sabe lo que habla!

Y con tal energía les intimé que salieran, que todas fueron á sentarse á la sala, en donde pienso que me pusieron como chupa de dómene.

XXV

La noche.

A eso de las doce, un movimiento perezoso de la enferma, anunció que despertaba lentamente de aquel sueño prolongado. La de Martínez corrió á dar la noticia á Cabezu-
do; pero, prudente por casualidad, le advir-
tió que Méndez seguía diciendo que el es-
tado de Remedios era muy grave. Más tar-
de la joven abrió los ojos, y al fin contestó
vagamente á Felicia, que le preguntaba có-
mo se sentía.

La fiebre continuaba intensa, sin ceder
un punto, y el semblante del médico per-
manecía nublado y serio. No podía asegu-
rar nada; pero creía que aquella misma no-
che tendría que verse claro. Yo deseaba y

temía la llegada de la hora que esperaba el
inteligente facultativo; el cual, después de
dar nuevas instrucciones y cambiar las re-
cetas, nos dejó solos, ofreciendo volver en la
noche.

La presidenta, después de hablar cuanto
quiso contra el médico, y contra mí, se fué,
jurando no volver, y diciendo que tenía algún
asunto muy interesante en la Santa Vera-
Cruz; y siguiendo su ejemplo, fuéronse tam-
bién, ofendidas y cargadas de razones, al-
gunas otras, de suerte que sólo quedaron
dos además de la gorda Martínez, que era
muy interesante para entenderse con el Ge-
neral.

No sé como pudo Pepe Rojo averiguar
mi paradero; ello es que al cerrar la noche
un criado de la casa me entregó una carta
de aquel fiel amigo, que sólo contenía
dos ó tres líneas, para decirme que per-
maneciera encerrado en la casa del Ge-
neral, porque si salía á la calle me tendría
que entender con la policía. Hasta entonces
y por breve instante me acordé de Ja-
cinta,

¿Qué habría pasado con ella? cuando seguí á Felicia, al saber la enfermedad de Remedios, me llamaba con roncós gritos desde el coche..... Y no sabía yo más. La inquietud que las líneas de Pepe me causaron, fué pasajera. ¡Qué me importaba todo, si Remedios se moría!

A las diez de la noche, el médico estaba otra vez á la cabecera de la enferma, con el semblante sombrío y desconfiado que mostraba desde la mañana. Remedios no deliraba ya; pero su estado no tenía nada de consolador, y la calentura seguía abrasándola. Más tarde, el médico, que descansaba silenciosamente en un sofá de la sala, entró en la alcoba en donde permaneció largo rato.

—La calentura sube, me dijo, al salir otra vez á la sala.

—¡Subel exclamé con terror.

—Sí, contestó. Lo demás no me gusta; pero esto no quiere decir nada definitivo. Esta noche lo sabremos. Hemos tenido la felicidad de evitar complicaciones.

Media hora despues la calentura subía aún. La enferma inmóvil en su lecho, respiraba

otra vez ansiosamente. Felicia y sus dos compañeras, que con incansable constancia habían asistido á su lado durante tantas horas, no se rendían á la fatiga moral ni menos á la del cuerpo. Mientras la de Martínez se ocupaba en contener á Don Mateo en su cuarto, ya moviéndole conversaciones con que procuraba divagar sus pensamientos, ya llevándole noticias de la enferma que arreglaba á su modo, las tres mujeres y yo, agrupados en derredor del lecho, mirábamos de hito en hito, silenciosos y afligidos el semblante de Remedios, en que se veía con su terrible aspecto eso que los médicos llaman *facies neumónica*, tan imposible de desconocerse como difícil de describirse. Felicia, sentada á la orilla de la cama, con los ojos secos y ardientes, se inclinaba á cada momento sobre la cabeza de la enferma, y le tocaba la mejilla con el dorso de la mano; Pepa lloraba en silencio, un tanto apartada, Doña Luisa iba y venía con frecuencia, consultando el reloj, colocado en la mesa de noche, para dar oportunamente la medicina.

Yo me sentía incapaz de resistir por más

tiempo aquella situación espantosa, aquella vacilación entre la vida y la muerte. La constante sozobra, la lucha entre la realidad que se palpa y la esperanza que no agota sus bríos, habían llegado á fatigarme; y sintiendo un malestar profundo, vago y doloroso, olvidaba á veces el motivo inmediato de mi congoja.

Llegó la media noche. El doctor volvió á poner su termómetro, le recogió después, observó la temperatura, interponiendo el instrumento entre sus ojos y la llama de la vela, y después de sacudirle, para hacer bajar la columna de mercurio, salió á la sala.

Nadie se atrevió á preguntarle el resultado; todos tuvimos miedo á su respuesta.

El silencio de la media noche fué entonces espantoso, interrumpido sólo de tarde en tarde por el ruido de algún coche que pasaba por la desierta calle, saltando sobre el piso disparejo. En el interior, sólo Doña Luisa solía moverse de su sitio, andando de puntillas, sin ruido y como resbalando por la alfombra; de suerte que en medio de tal silencio, la agitada respiración de la enfer-

ma, percibíase distintamente, parecía más fuerte y ruidosa, y aún se me figuraba que crecía en resonancia cada vez más, anunciando la proximidad del postrer suspiro. «Así, muy callandito mata la pulmonía,» me había dicho la de Martínez; y estas palabras venían á mi memoria con frecuencia, haciéndome temblar y aumentando mi angustia y mi desesperación.

Don Mateo quebrantó al fin la prisión en que la de Martínez le tenía encerrado. El silencio le estaba ahogando, como á mí, y entró en la sala, turbándole con sollozos de dolor que no podía ya contener. Oí desde la alcoba la voz del médico, seca y breve, que trataba de calmar la agitación del General; y oí también, como si llegaran hasta lo íntimo de mi alma, y sintiendo viva simpatía hacia aquél hombre, las palabras que con su tosco lenguaje dirigió al médico, culpándole de descuidado, de negligente, y hasta de ignorante. Al cabo de un rato lograron Méndez y la de Martínez, reducirle de nuevo á su encierro, mediante ciertos consuelos de que yo no hice caso, porque los tuve por

piadoso engaño, empleado para dominar á D. Mateo.

Poco antes de las dos de la mañana, Méndez volvió á tomar la temperatura; observó atentamente el semblante de la enferma, y salió. Remedios respiraba más suavemente.

Siguiendo al doctor en su observación, habíamos llegado á reparar en este cambio, antes inadvertido. Levanté asombrado la cabeza y mis ojos se encontraron con los de Felicia, que me miraban con suprema afición. En ellos creí leer, leí esta pregunta: «¿Se estará muriendo?»

Salí rápidamente á la sala, me llegué al doctor, que había vuelto á sentarse en el sofá, y con acento que no sé si tenía más de súplica ó de amenaza,

— Señor, le dije; por el amor de Dios, dígame Ud. la verdad ¿seestá muriendo ya?

—No, señor, me contestó con extrañeza. Nada de eso.

—¿Pero qué hace Ud. aquí? Por qué no manda Ud. otra cosa? ¿Por qué no la cura Ud.?

El médico se sonrió sin benevolencia, si-

no mas bien con fastidio; el cansancio comenzaba á pintarse en su semblante, y parecía no tener ya mucha paciencia que gastar.

Después de una breve pausa, me contestó.

—Estoy esperando Desde esta tarde no me queda otro papel.

Me dijo que en aquel momento tenía más esperanza que nunca, y que muy poco había que esperar para saber á qué atenernos.

Una palabra mía tranquilizó algún tanto á Felicia. Esperamos. El tiempo corría perezosamente; el tic tac del reloj de la sala me parecía lento, muy lento; y cuando esperaba yo oír sonar las tres de la mañana, sonó una campanada sola, que vibró con intensidad, rompiendo el silencio de la noche. Pasó mucho tiempo, El reloj seguía con su monótono tic tac; no estaba parado, pues; pero estaría descompuesto el mecanismo de la campana, cuando no había vuelto á sonar. Al fin sonó. ¿Serán las cinco? ¡Las tres! ¡Nada más las tres!

Méndez entró de nuevo, tomó la temperatura, observó otra vez con suma atención el semblante de la enferma, y al salir me llamó.

—Parece que está salvada, me dijo.

—¡Salvada! exclamé yo, temblando, fuera de mí, casi loco.

Y la voz de D. Mateo, sonora y robusta, repitió en el cuarto contiguo, ahogada por la alegría y la sorpresa.

—¡Salvada! Salvada mi hijita de mi corazón!

Y casi al mismo tiempo, Cabezudo, saliendo de su cuarto, se echó en brazos de Méndez, estrechándole con furor. Permitted el doctor que entrara un momento á la alcoba de la enferma, á condición de que en seguida volvería á su cuarto y se acostaría á dormir. Todos los semblantes se habían transformado súbitamente. Los labios permanecían inmóviles; pero los ojos sonreían.

Cuando Méndez Páez, colmado de bendiciones y elogios, se retiró á su casa, después de poner nueva receta y dar instrucciones sobre la alimentación de la enferma al día siguiente, el general, rendido á la fatiga de tantos días de lucha, dormía, roncando ruidosamente.

XXVI.

Al despertar.

La de Martínez tomó posesión de un sofá de la sala, y Doña Luisa, después de mil instancias y ruegos de Felicia, fué á descansar á la cama de Pepa, en un cuarto interior. Felicia, sentada en un sillón al lado de la cabecera, y yo en otro, colocado frente á ella, continuamos la velada. La pobre niña, había llorado de alegría, derramando sus lágrimas sobre mi pecho, al darme un abrazo, cuando el médico se retiró.

Guardamos los dos silencio, después de contemplar largo rato el rostro transformado de la enferma. Ya no le cubría el sudor copioso de antes; ya el encendido color de la mejilla derecha desaparecía; ya en todo el